

Comunicaciones del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia
Contemporánea de la AHC

Mesa: Historia VS Memoria.

LA MEMORIA CÓMPLICE DE LA HISTORIA

J. Daniel Molina Jiménez

Universidad de Salamanca

I. INTRODUCCIÓN

El modo de aprehender el pasado representa, en buena medida, una forma de poder identificar lo que Jean Claude Rabeté establece como significación del pretérito. “La Historia es la dirección humana del pasado”¹.

Esta comunicación que pretenderá apuntar un modelo de comprensión - que no explicación- entre la Historia y la memoria en relación con el presentismo y sus márgenes conformadores donde hallamos un nuevo conocimiento sensible del pretérito, convierten la expresión del Catedrático de la Universidad de la Sorbonne Nouvelle-Paris III, en una reflexión atinada, no solamente porque su frase permite tender un puente entre la explicación histórica y la comprensión narrativa, sino también porque frente a “la originaria inmovilidad de la letra se opone a esa movilidad de la mente que analiza y libera lo que la escritura le presenta y lo convierte en algo que, por la manera en que ha sido aprendido, puede transmitirse como la vida”². Por ello la actividad del historiador resulta un ejercicio intelectual en alto grado resultado involuntario, incluso impredecible, de infinidad de iniciativas de historiadores individuales, de historiografías especializadas, nacionales, de influencias externas de tipo cultural, social, económico, político... Pero antes de exponer lo que entiendo como una relación cómplice entre la memoria y la Historia, conviene tener muy presente el modo de enfocar nuestro trabajo. Así, parece necesario establecer a continuación un recorrido histórico sobre los modos de la historia de la Historia.

¹. El comentario del profesor Rabeté tuvo lugar durante la celebración de la clase de doctorado en el periodo de docencia, dentro de la programación prevista en la asignatura: APLICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA: ESTUDIOS DE CASOS, que tuvo lugar el 29 de marzo de 2007. JEAN-CLAUDE RABATÉ (Universidad de la Sorbonne Nouvelle-Paris III) ha centrado su investigación en los escritos periodísticos de Miguel de Unamuno frente a la problemática de carácter político y social de su época. Es autor de *1900 en Salamanca* (1997), de una antología de textos *En torno a...* En torno al casticismo (1999), y coordinador de una extensa obra sobre la crisis finisecular: *Crise intellectuelle et politique en Espagne à la fin du XIXe siècle* (1999). Ha publicado también otros trabajos sobre la vida y la historia intelectual de la España de la Restauración, privilegiando el uso de las fuentes literarias y periodísticas, enmarcándolas en el contexto político-cultural de la época.

². LLEDÓ, Emilio. *El surco del tiempo*. Barcelona, Crítica, 1992, pág. 120

II. HISTORIA DE LA HISTORIA

El siglo XX: del Positivismo al escepticismo.

A fin de poder conformar y hacer entender la idea central de este texto, esto es, la relación cómplice entre memoria e Historia a partir de una nueva aprehensión sensible del pasado; debemos apuntar si bien de forma breve, una reflexión epistemológica de nuestra actividad esbozando la panorámica que subyace esta humanidad con vocación de ciencia a lo largo del tiempo. En todo caso, esa analogía problemática entre el recuerdo y su aprehensión ha sido historiográficamente definida bajo patrones de objetividad que obedecían a la veracidad de las fuentes, o a la manera de inferir la información de los documentos por parte del profesional de la Historia.

Tanto el positivismo Rakeano, preocupado por la veracidad y por tanto, especializado en el tratamiento de textos primarios, como la historiografía del siglo pasado, centrada de manera esencial y prioritaria en conformar una alternativa derivada, por un lado, del abuso producido por el narrativismo positivista de raíz moderna, y por otro, de los grandes análisis políticos que establecen una legitimidad en el presente, no consiguieron escapar de una noción de “objetividad histórica [que] puede describirse como un tipo de verdad producida a partir de procedimientos metódicos de reconocimiento relativos a la experiencia del pasado”³.

Aunque los planteamientos de las corrientes historiográficas existentes durante los años que transcurren, de manera muy inicial tras la I Guerra Mundial, y de modo claramente explícito tras el inicio de la segunda posguerra hasta finales de los años setenta, supusieron una profunda renovación metodológica y temática frente a la historia positivista dominante hasta entonces, conformándose la escuela de Annales (Francia) y el marxismo británico, muy en contacto con la sociología histórica; dicha transformación no supo escapar de una realización de verdad teórica, permaneciendo por ello ajena a lo que Rösen demonina “responsabilidad histórica, [que] puede ser descrita como, otra clase de verdad aportada a través de proce-

³. RÜSEN, Jörn. *Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos. Una consideración crítica de la dimensión ética en la labor del historiador*. En *La(s) Responsabilida(es) del historiador*. Alcores. Revista de historia contemporánea, nº 1, 2006, pág. 31

dimientos discursivos relacionados con la función cultural del conocimiento histórico de la vida social”⁴

La crítica posmodernista parte por tanto de la base de que toda construcción intelectual se hace en lenguaje y no sólo se refiere a una realidad exterior: tiene también un sistema interno. Ni la realidad, y mucho menos su pretendida objetivación, esto es, la Historia, son en sí mismos sistemas transparentes de comunicación. Todo el conocimiento está ineluctable e irremediablemente mediatizado las circunstancias. Filosóficamente entendido, el significado del lenguaje no analítico depende específicamente de algo ajeno al propio lenguaje. Por tanto, la construcción histórica no tendría, en ningún modo, sentido y orientación empírica. ¿Se puede deducir que los posmodernistas proponen radicalmente el carácter no científico de la Historia? No totalmente.

La ampliación de lo contado y sus márgenes.

“Quizá lo que está sucediendo en escala superior al ámbito de la historia, sea una secuela del enterramiento de la confianza en el futuro. Primero fue la impugnación de la idea de progreso, después ha sido el derrumbamiento del socialismo real y el arrastre que ha producido sobre el marxismo teórico como motor de las ideas que han alimentado la mayor parte de las causas de liberación en este siglo”⁵, ha escrito el profesor Alonso Carrasco Martínez. Para Hobsbawm, el posmodernismo en sí mismo no reside en la conformación de un modelo contrapuesto a los grandes paradigmas. Su linfa vital fluye abarrotada de pesimismo y se hace narrativa en el mar de los enfoques vocacionalmente interdisciplinarios. Son simplemente “la notable ampliación del campo de la historia en los últimos veinte años, tipificado por el auge de la historia social, ese recipiente amorfo donde cabe todo, desde los cambios de la psique humana hasta los símbolos y rituales, y especialmente la vida de todas las personas, desde los mendigos hasta los emperadores. [...] la Historia en la actualidad, tiende a toda la historiografía”⁶.

⁴. *Íbidem*.

⁵ CARRASCO MARTÍNEZ, Alfonso. *La trama del tiempo. Algunas consideraciones en torno a lo narrativo en la historia*. Cuadernos de la Historia moderna N° 20, 1998, pág. 88.

⁶. HOBBSAWM, Eric. *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica, 1998, pág. 192

Estaríamos por tanto ante una ampliación de lo contado y sus márgenes, y para ello se hizo necesario elaborar un instrumento receptivo intermedio, de manera que, siguiendo la figura abstracta de Hobsbawm, entre el macro análisis y el acontecimiento, se hace necesario definir el microscopio y el telescopio, o quizá los dos a la vez, “porque mientras aceptemos el hecho de que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre el microscopio y el telescopio consiste en seleccionar la técnica adecuada”⁷, siendo así capaces de inferir los contextos del pasado de forma adecuada y rigurosa.

El fin del Posmodernismo clausura la perpetuidad de los grandes paradigmas de posguerra, criticando de manera irreversible las bases histórico-filosóficas en que se fundaban, al cuestionar la idea de progreso como suministrador de sentido al desarrollo histórico y al poner en duda la idea de que la humanidad se organiza y estructura de acuerdo con un pensamiento absolutamente racionalista que proporcionan intención y significado empírico a la propia vida.

Ahora bien, esta crítica que pone sobre la mesa un patrón de objetivación de la Historia, aún no aporta un puente entre la verdad teórica y práctica del pasado; aunque sí es verdad que la Historia vuelve a la vida real. Con más matices; se vuelve a potenciar la capacidad de investigación social, para buscar una realidad más objetiva entendida como una subjetividad bien informada. Pero atención: no hablamos de un concepto de subjetividad eminentemente positivista, sino de aquella que como explica Ronald Fraser, se basa en “La experiencia [que] sustituye a subjetividad [porque] el campo del subconsciente socio cultural trasciende la transferencia consciente entre la experiencia como conocimiento y la experiencia como capacidad de comprender y actuar”⁸. Y es aquí donde la memoria y la Historia pueden llegar a representar un valor de verdad en cuanto a su significación.

⁷. Íbidem, pág. 194

⁸. FRASER, Ronald. *La historia oral como historia desde abajo*. Revista Ayer, nº12, 1993, pág 89

III. LA NUEVA SENSIBILIDAD: LA EXPERIENCIA

El hecho de la experiencia.

La Historia relacionada con la memoria, y dependiente del testimonio individual que establece la fuente oral, devenida de la experiencia directa, aporta un reto de futuro inmediato en historiografía que debe estar inscrito en un cambio de sensibilidad que, progresivamente, nos lleve a considerar el papel cognitivo de la experiencia. Quizá esta circunstancia no sea enteramente novedosa; Max Weber escribió de manera magistral: “El físico no tiene por qué interrogarse sobre lo que experimenta la piedra al caer. El historiador en cambio debe penetrar en los sentimientos del general derrotado y acompañarle con su caída”⁹. Sin embargo, es ahora cuando el sentido de la frase toma verdadera dimensión al derivarse no como un patrón de objetividad, sino hermenéutico: “es verdad - afirma Lledó- que la vagorosa e inobjetivable introspección que forja nuestra consciencia apenas permite entrever este proceso. Es difícil describir esa mirada interior, mirada sin objeto, y ante la que fluye el lenguaje que se va construyendo en el curso mismo en el que esa consciencia, ojo y luz, lo enfoca y atisba”¹⁰.

Acaso se puede comprender más claramente lo anterior si pensamos brevemente de nuevo en el pasado de la historiografía: “La dimensión ética del pensamiento histórico se disuelve en una forma narrativa de representación. La objetividad se vio como un velo de auto-decepción epistemológica sobre los únicos procedimientos efectivos de generación de sentido, por medios exclusivamente lingüísticos, más acá de cualquier control de la experiencia o racionalidad explicativa”¹¹.

La nueva aprehensión de las fuentes y del modo de historiar, que no es más que un modo de hermenéutica del pasado, como lo definió E. H. Carr¹², se basa en un nuevo concepto de experiencia en relación con la Historia de tiempo presente que Aróstegui ha analizado de modo exhaustivo indicando que tal historiografía se define y ofrece como la “posibili-

⁹. MORALES MOYA, Antonio. *En torno al auge de la biografía*. Revista de Occidente, nº 74-75, jul-agosto 1987, pág. 66

¹⁰. LLEDÓ, Emilio. *Op. Cit*, pág. 121

¹¹. RÜSEN, Jörn, *Op Cit*, págs. 43-44

¹². En el artículo citado aquí y escrito por Alonso Carrasco Martínez, el autor toma prestado en la página 104, una definición de E.H. Carr, para hacer referencia al ejercicio intelectual de historiar que debe ser entendido como interpretar.

dad de un análisis histórico de la realidad social vigente que comporta una relación de coetaneidad entre la historia vivida y testigos de la historia y los propios historiadores”¹³. Ahí es donde la fuente oral, entendida como metodología para la historia del tiempo presente y definida por Blas Quintanilla, como “modos de proceder”¹⁴, atenta a la nueva sensibilidad más arriba descrita, re-configura el concepto de experiencia.

De manera que, dicho concepto no deberá ser entendido ya sólo como un bagaje adquirido a partir de una enseñanza práctica, sino como la aprehensión sensible de la realidad externa¹⁵. En Sociología, el concepto devenido de Manuel Castells, a partir del análisis de la globalización, donde la comunicación es esencial para el mantenimiento e incesante acrecentamiento de identidades culturales diferenciadas a fin de estimular el sentimiento de pertenencia cotidiana a una sociedad concreta, capaces de articular nuevos instrumentos jurídicos en la dinámica de la era informacional, se define como relaciones de experiencia caracterizadas por “la acción de los sujetos humanos sobre sí mismos, determinada por la interacción de sus identidades biológicas y culturales y en relación con su entorno global y cultural”¹⁶.

De todo lo descrito en el terreno de la teoría, esto es, de los hechos de la experiencia, entendidos como nueva estrategia cognoscitiva, establecemos como causa de la nueva sensibilidad, o quizás, consecuencia de la pérdida del sentido de necesidad en la evolución histórica, la consolidación de modelos expresados en orden a teorías psicológicas, antropológicas o sociológicas, tendentes a poner en primer plano el componente humano para el análisis estructural, para tener en cuenta contingentes inmediatos en el desarrollo secuencial y mostrar la capacidad de los individuos de influir, decidir, o incluso modificar la marcha de la Historia.

Ante el momento historiográfico presente, con un cierto estancamiento de las “Nuevas Historias”, o enfoques metodológicos, y ante la ausencia de un paradigma explicativo claro, la experiencia sensible es una respuesta a la imposibilidad de dotar sentido a la Historia, es una

¹³. ARÓSTEGUI, Julio. *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid, Alianza Editorial, 2004, pág. 31

¹⁴. CASADO QUINTANILLA, Blas. *Tendencias historiográficas actuales*. Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2001 (imp. 2002), pág. 104

¹⁵. ARÓSTEGUI, Julio. *Op. Cit.* pág. 146. Aróstegui, en relación con la experiencia y su historización, la define como la sustancia de la historia del presente. “*La historización de la experiencia se basa en definitiva en la convergencia de una precisa subjetividad propia de nuestro tiempo y su traducción y conversión en un proceso objetivo*”. pág. 144.

¹⁶. CASTELLS, Manuel. *La era informacional. Volumen I. La sociedad red*. Madrid, Alianza, 1997, pág. 45

solución de compromiso, sin duda honorable para la continuación de la investigación histórica. Se conforma por ello la posibilidad de enfrentarse a las principales cuestiones historiográficas. Siempre desde un campo totalmente establecido, debemos moldear la óptica, el lenguaje, su unidad celular, esto es, la palabra, y el nivel de análisis, de manera que, sin olvidar el bagaje anterior, producir nuevos avances historiográficos.

Tal y como expone Aróstegui, con la Historia en tiempo real, “el registro memoria-Historia será presumiblemente distinto. Ello pondrá en juego la sustancia misma de lo histórico, al estarlo todas sus determinaciones sociales y culturales, en modo de su producción y el espacio de su desarrollo”¹⁷. Esta teoría de la aprehensión histórica, es memoria preocupada por los hechos de la palabra, por su densidad, quizá una síntesis conceptual, y desde luego una tarea metodológica compleja, que debe entenderse sobre todo como el egregio “conocimiento de toda la realidad histórico-social hacia la cual nos encontramos empujados, como problema más general y último de las ciencias del espíritu, que se realiza sucesivamente dentro de una conexión de verdades que descansa sobre la autorreflexión gnoseológica y en la que las teorías particulares de la realidad social se construyen sobre la teoría del hombre y se aplican luego en una ciencia de la Historia verdaderamente progresiva; para explicar varios hechos de la efectiva realidad histórica, cuyos vínculos los constituyen la interacción de los individuos”¹⁸. La vivencia de Dilthey, se define como la capacidad de aprehensión cuyo vehículo es la hermenéutica como ciencia del espíritu o *Geisteswissenschaften*.

La experiencia del hecho: Memoria objetiva.

Escribió Raymon Aron que “el hombre no tiene realmente un pasado más que si tiene conciencia de tenerlo, porque sólo esa conciencia introduce la posibilidad del diálogo y la elección”¹⁹. Esta conciencia histórica que describe de manera implícita el autor, es la experiencia del hecho, esto es, la memoria. “La experiencia y su historización son la sustancia de la Histo-

¹⁷. ARÓSTEGUI, Julio. *Op. Cit.*, pág. 56

¹⁸. DILTHEY, Wilhelm. *Dos escritos sobre hermenéutica*. Madrid, Istmo, 2000, pág. 109. La orientación de Dilthey hacia el mundo de la historiografía profana tendrá su base en Ranke, cuya obra despertará en él una honda preocupación por el mundo histórico. Contrario a la filosofía de la historia de Hegel, opuesto al esquema causal determinista que aplicaba el positivismo al mundo histórico (al que reducía a mera naturaleza), y de acuerdo con los neocriticistas en la necesidad de un retorno a Kant, Dilthey propondrá llevar la problemática criticista al mundo de las ciencias histórico-sociales. Esta unión de una filosofía de la vida con el problema de la historia habrá de constituirse en el trabajo más decisivo de Dilthey.

¹⁹. ARON, Raymon. *Dimensiones de la conciencia histórica*. Madrid, Tecnos, 1992, pág. 13

ria del presente. La historización de la experiencia se basa en definitiva en la convergencia de una precisa subjetividad propia de nuestro tiempo y su traducción y conversión en un proceso objetivo²⁰, afirma Aróstegui. Santos Juliá²¹ ha actualizado, la idea que desde finales de los setenta enmarca la construcción de memoria e Historia (proceso de evocación de Dilthey o vivencia), como procesos autónomos del pretérito, sin embargo, como ha señalado J. Fabret Saada “ha sido menos fácil precisar sus inevitables relaciones”²². En todo caso, la primera sería para Juliá una edificación subjetiva determinada por exigencias del presente que pretende legitimar. La segunda consistiría en una búsqueda laica de conocimiento para la obtención de objetividad y el alcance de comprensión de un hecho, pretende por ello, reconstruir.

Sin embargo, entendemos que es pertinente definir en este punto lo que supone el valor de la percepción del hecho evocado en la construcción del pretérito, sea memoria o Historia, de manera que la estableceríamos como la capacidad de localizar los elementos de persuasión para la conformación de la ideología del individuo, es por tanto esta capacidad la que entra en juego y toma protagonismo en la interpretación de esta información sobre el pasado. Ese componente de memoria es el que el historiador ha de localizar para insertarlo en la nueva sensibilidad de la experiencia.

Memoria e Historia son procesos autónomos en su discurso, pero no en la evocación que el historiador realiza para hacer su trabajo. De manera que, al leer un libro sobre la Transición evocamos aquel tiempo, del mismo modo que actualizamos el recuerdo o la memoria de nuestra trayectoria personal durante aquel momento. Ambos pasados son representaciones de la realidad, y ambos pasados pueden tener un componente de memoria objetiva. Como señala Antonio Pantoja Chaves; “los sistemas de convicción o persuasión no serían otra cosa que procesos comunicativos cuya clave está en la respuesta del receptor, y esta persuasión no sólo actúa sobre la mente del hombre, también incide en sus emociones”²³, por ello, podemos denominar este proceso del modo diltheyano como ciencia del espíritu. Así, en última instan-

²⁰. ARÓSTEGUI, Julio. . *Op. Cit*, pág. 144

²¹. JULÍA, Santos. *La Transición. Historia y memoria*. Claves de la razón práctica, nº 159. Enero-Febrero 2006. Artículo que complementa los aspectos de memoria previamente destacados en.: JULÍA, Santos. *Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición*. Claves de la razón práctica, nº 129. 2003, pp. 14-24

²². CUESTA BUSTILLO, Josefina (ed). *Memoria e Historia*. Madrid, Marcial Pons. 1998. Cita tomada por Cuesta Bustillo, Josefina de J. FABRET SAADA, “Sale Historie”, en *Grandhiva*, núm 10, 1991, pp. 3-4.

²³. PANTOJA CHAVES, Antonio. *La propaganda, arma de guerra en España (1936-1939)*. Salamanca, Consorcio Salamanca 2002, pp. 13-15.

cia, Historia y memoria, (bien sea individual o colectiva), vienen determinadas por el proceso cognoscitivo de la percepción individual. En todo caso, resultaría imprescindible distinguir, de acuerdo al condicionamiento de perceptibilidad, entre la categoría amplia de pasado, entendida como apreciación social, en la que pueden estar incluidas memoria e Historia, y la Historia propiamente dicha como apartado de la anterior tendente a la evocación registrada de la percepción. En el primer caso la memoria puede servir de método o de estrategia cognoscitiva del pasado.

De este modo la memoria es cómplice de la Historia, pero la palabra cómplice no debe ser entendida aquí tal y como se ha venido asociando de manera casi exclusiva – acaso por culpa de un lenguaje policial-, de la manera que Juliá la expone al afirmar que vivimos tiempos en que la Historia está acosada por la memoria, lo cual por otra parte no deja de ser cierto. Pero no es menos cierto, de igual manera, que la palabra cómplice, en su primera acepción del diccionario de la R.A.E.²⁴ se define como una suerte de solidaridad amistosa. Y es esta acepción sensible de manera literal y literaria por la que debemos prestar especial interés.

Expondré brevemente un ejemplo que elaboramos a partir de la lectura del libro *El paisaje de la historia* de John Lewis Gaddis²⁵. Utilizando toda una serie de metáforas y símbolos, el autor realiza reflexiones de gran calado. Sobre ellas, establecemos una contra-argumentación a los conceptos de Memoria e Historia conformados por Juliá. Imaginemos un mapa elaborado bajo criterios científicos, y por tanto de naturaleza objetiva que podemos tomar como símil de la Historia, que pretendería por tanto conocer la realidad. El mapa es una representación cartográfica de la realidad, y la Historia pretende ser siempre lo más objetiva posible en su aprehensión del pasado. Sin embargo, en realidad cuando tenemos que atravesar un trayecto, pongamos por ejemplo, ir de Salamanca a Madrid, ciertamente nos tenemos que servir del mapa, pero en última instancia, hay una serie de condicionantes: un día de hielo, de lluvia, se forman caminos de barro... en definitiva, hay toda una serie de variables, que no aparecen en el mapa, y que sólo aprehendemos a través de la experiencia, es decir, únicamen-

²⁴. Las acepciones que el diccionario de la R.A.E. nos ofrece sobre la palabra cómplice son: **1.** adj. Que manifiesta o siente solidaridad o camaradería. *Un gesto cómplice.* **2.** com. *Der.* Participante o asociado en crimen o culpa imputable a dos o más personas. **3.** com. *Der.* Persona que, sin ser autora de un delito o una falta, coopera a su ejecución con actos anteriores o simultáneos.

²⁵. LEWIS GADDIS, John. *El paisaje de la historia*. Barcelona, Anagrama, D.L. 2004. A lo largo de la obra el autor, con un estilo elegante y una sutil ironía, deja claro que no hay interpretación correcta del pasado, sino que el acto de interpretar es en sí mismo una ampliación sustitutoria de la experiencia que podemos aprovechar.

te al recorrer el trayecto. Así esta memoria explicitada está establecida en la experiencia. Y esta memoria, que es, no cabe duda, como la Historia o como el mapa, una representación de la realidad, pretende conocer una circunstancia, podríamos decir, (re) conocer, y no necesariamente legitimar.

¿En qué medida nuestras representaciones se adaptan a las realidades que tratamos de explicar?, esa fue la pregunta que se hicieron los autores posmodernistas y es el principal reto del historiador en el presente siglo. Para ello, apunto la necesidad de tender hacia una pluralidad de modelos explicativos. Antes hemos descrito lo que debe establecerse y entenderse como una subjetividad bien informada. El ejemplo del mapa es sin duda, la aplicación práctica de la teoría. Sin embargo, siendo este un factor clave para el presentista que utiliza fuentes orales, no es exclusivo y sobre todo no es el fundamental. En este sentido el propio Gaddis escribe en su libro ensayístico-metodológico, algo que por evidente, puede resultar obvio: “Existen distintos patrones de objetividad”²⁶. Santos Juliá olvida que puesto que no hay dos historiadores que realicen su tarea de la misma manera, puede no haber un único patrón de objetividad en el ejercicio de historiar el pretérito.

Lo expresando como dije en la introducción es un modelo de comprensión. Así se pensó y así se escribió. Para sintetizar la idea, y antes de apuntar unas conclusiones, que no serán más que ideas reflexionadas a partir de las lecturas realizadas y nuestra propia experiencia, entendemos que Aróstegui resume de manera certera todo lo escrito afirmado que: “Por su propia naturaleza, la memoria del presente no puede ser otra que primordialmente directa, la espontánea (viva), aunque en la construcción de un presente histórico esté también presente la memoria heredada. La cuestión es la determinación de en qué grado las procedencias de los contenidos de memoria (la directa y la heredada, la individual, colectiva o social, participan en la delimitación del presente histórico.”²⁷

²⁶. LEWIS GADDIS, John. *Op. Cit*, pág. 163

²⁷. ARÓSTEGUI, Julio. *Op. Cit*, pág 168

IV. CONCLUSIÓN

Escribe Lledó: “Conocer es recibir. Pero recibir indicios, inicios, impulsos que hunda desarrollarse en el tiempo en el que el alma los cobija y los nutre”²⁸. Para ello, es necesario, tal y como apunta Aróstegui, que “la Historia del presente gire ahora en torno a un dispositivo conceptual y metodológico que comprenda cuatro grandes elementos. El testigo, la memoria, la demanda social y el acontecimiento”²⁹.

La nueva realidad sensible sobre la que se ha de asentar el presentismo es amplísima. Aquí hemos únicamente reseñamos algunos aspectos inmediatos como la utilización de la fuente oral, asociado a un concepto de experiencia aprehensiva que se instala en una memoria objetiva que, siendo una representación de la realidad como la historia, pretende al igual que ella, (re) conocer una realidad pretérita. En todo caso, la relación interpretativa existente entre la comprensión y la percepción no es tan sencilla de cara a la inferencia histórica como a primera vista pudiera parecer. Lo que si parece estar claro es que tenemos la posibilidad de amoldar esta relación y en cierta medida transformarla para que se ajuste a una nueva sensibilidad, que Gaddis define como “dependencia sensible de las condiciones iniciales”³⁰.

Los procesos de transformación y amoldamiento se dan a lo largo del tiempo. Por ello es necesario ser consciente de estas relaciones entre las disciplinas que pretenden interpretar información proveniente del pasado³¹. Josefina Cuesta Bustillo, ha escrito que “la ampliación del ámbito temporal histórico hasta nuestros días supera el tema de la objetividad, reconociendo que toda interacción humana es subjetiva y toda relación es, como ha señalado Staro-

²⁸. LLEDÓ, Emilio. *Op. Cit*, pág. 124

²⁹. ARÓSTEGUI, Julio. *Op. Cit*, pp. 55-56

³⁰. LEWIS GADDIS, John. *Op. Cit*, pág. 158. “Ha habido un aumento de sensibilidad, es decir, un momento en el cual, pequeños cambios en el inicio de un proceso han producido consecuencias al final del mismo.”

³¹. La percepción del hombre hace ciento cincuenta años no han variado mucho, pero si lo han hecho las funciones perceptivas con la formación de conceptos.

binski, entre el sujeto y el objeto - o el texto y el intérprete”³². El tiempo, su percepción y en último término la expresión escrita, ponen de manifiesto que la comunicación y el lenguaje ocupan el papel protagonista y esencial. En el ejercicio intelectual de escribir es menester la plasmación de nuestra propia realidad palpitante, de modo que seamos capaces de simplemente alcanzar la responsabilidad que el historiador tiene con su trabajo, esto es, la sencilla pero irrenunciable soberanía de intentar conocer y entender. De manera que, resulta de absoluta pertinencia atender a esa dependencia sensible de las condiciones iniciales de las que habla Gaddis. Kosselleck declaró que “no hay que olvidar que además de que las propias palabras cambien, ellas mismas producen cambios”³³. Para poder ser plenamente conscientes de ello, yo no conozco, ni creo que exista, otra forma que leer, ese ejercicio sensible que el escritor Alberto Manguel describe para el futuro como “un acto de rebeldía.”³⁴

³². La aparición del presente histórico, unido a la diversidad de fuentes, y por ello, a la necesidad de su selección y acotación, hacen de este tipo de historia, una disciplina especialmente polémica por cuanto que entran en juego, de manera más explícita los condicionamientos sociales. *Studia Histórica Contemporánea*. Universidad de Salamanca, nº4 1983, pág. 229

³³. EL PAÍS. 11-04-2005, pág. 39

³⁴. EL PAÍS. 13-01-2007, pág. 32